

La educación primaria es el meollo

Si alguno de ustedes se acercara alguna vez a un aula donde se imparte educación primaria (seis hasta doce años) se percataría en seguida de los motivos de nuestro fracaso educativo. Los tiempos han cambiado, pensaría estupefacto. La idea que los de mi edad y no digamos los más mayores puedan tener de una clase con alumnos sentaditos en su pupitre escuchando atenta y disciplinadamente las explicaciones del maestro quedaría seriamente dañada ante al espectáculo que contemplarían sus perplejos ojos. No les resultaría difícil encontrar aulas con niños en corro hablando y jugando, otros en un rincón, otros sentados... y el profesor atendiendo a un grupo de dos o tres alumnos. La máxima es pasar el tiempo en medio del ruido, el desorden y la anarquía.

A decir verdad esta imagen caótica que les estoy bosquejando tampoco les resultará del todo desconocida. En efecto, los de mi edad sabemos que antes también las clases de dibujo, pretecnología, educación física o trabajos manuales, las llamadas asignaturas "marías", se desarrollaban en medio de una atmósfera similar, donde la disciplina y la autoridad del maestro se diluían para regocijo de los alumnos. Pues bien, el clima laxo que antes se asociaba exclusivamente a las asignaturas "marías" se ha hecho extensivo a todas las asignaturas. El maestro ha dejado de ser la locomotora que, con sistematicidad y disciplina, saca al alumno de su ignorancia para esperar, ingenuamente, que el conocimiento en el niño brote por sí mismo.

Las consecuencias las conocen bien los profesores de secundaria. La mayoría de los alumnos que les llegan de primaria tienen dificultades para concentrarse, para leer y escribir, para entender lo que se les está diciendo al no haberse habituado a escuchar, para estarse quietos, con una capacidad de pensar y resolver problemas muy deficiente, expertos en pasar el tiempo sin hacer nada. Este es el estado general cuando terminan primaria. Este cambio copernicano en el modo de dar clase no es fruto de la cantinela de la falta de gasto en educación al que nos tienen acostumbrados los sindicatos del ramo. Imagínense por un momento el rendimiento de un maestro que tiene que dividir sus esfuerzos por veinte alumnos para ayudarles individualmente uno por uno. El rendimiento tiene que ser ínfimo por necesidad. Si a ello le añadimos el número de días que se pierden al año en celebrar la panoplia de divinidades incluidas en el santoral laico: el día de la paz, el día contra el hambre, el día del medio ambiente, amén de otras muchas actividades que pretenden "educar en valores" o "integrar al alumno en el medio", pueden hacerse una idea de lo que pueden aprender.

Todo este panorama, que nos recuerda más a una guardería (o como dijo J.F. Revel a "un falansterio de convivencia") que a un colegio, no ha salido de la nada. Las teorías psicopedagógicas implantadas en España por los padres fundadores de la LOGSE (la LOE es una continuación del mismo espíritu) están en el origen de esta singular forma de impartir clase y por ende del descalabro de la educación española en su conjunto, como los informes PISA no dejan de recordarnos año tras año. Diría más, los niveles de fracaso escolar serían muchísimo mayores si los profesores de secundaria, no tan imbuidos como los de primaria de la filosofía de la LOGSE, no se hubieran visto obligados a bajar el nivel. A la postre significa que demasiados niños, a sus doce años, están ya condenados al fracaso, sino al abandono escolar. No en vano los docentes no se cansan de recomendar a

los padres que se impliquen en la educación de sus hijos, puesto que son conscientes de que precisan un esfuerzo extra a lo que aprenden en clase. Tanto es así que la última reválida realizada por la Consejería de Educación alumbraba un dato demoledor. La educación pública (y la concertada, financiada con dinero público) había dejado de ser el “ascensor social” al que siempre habían aspirado los progresistas herederos de la Ilustración. En efecto, la brecha entre los alumnos cuyos padres eran universitarios – tradicionalmente más responsables en el proceso educativo de sus hijos- y aquellos cuyos padres no tenían estudios se había ensanchado: tres puntos sobre diez. El sistema educativo actual, por tanto, estaría frenando la movilidad social, convirtiéndose en un vector de primer orden para lo contrario: la fosilización de las clases sociales. Una conclusión que debería escandalizar a la izquierda puesto que la educación pública ha sido una de sus grandes conquistas.

Como decía, esta situación no ha llegado de la nada. Estamos, ni más ni menos, que recogiendo los frutos que sembró la LOGSE, implantada hace casi veinte años. Las teorías psicopedagógicas de los Marchesi y cía han afectado principalmente a aquellas fases educativas en las que su profesorado las ha aceptado más acríticamente, como en educación primaria. Algo debía oler el actual consejero de educación cuando insinuó que la causa de nuestro fracaso escolar recaía principalmente en la educación primaria. El conseller afirmó que la problemática acumulada en primaria afloraba después en secundaria.

¿De qué teorías psicopedagógicas estamos hablando? Del axioma constructivista (el alumno construye su propio conocimiento) con el correlato de un profesor convertido en un mero guía docente, del aprender jugando, del comprensivismo que prohíbe itinerarios distintos de acuerdo con el interés del alumno hasta los 16 años, de la imposible atención a la diversidad en grupos heterogéneos, entre otros dogmas teóricos que han resultado nefastos en la práctica. Por no hablar de los nuevos objetivos de la enseñanza (la cohesión social, la integración en el medio, la realización personal y demás psicologismos hueros), desterrándose objetivos como la excelencia y la transmisión de conocimientos, considerados como anticuados.

Joan Font Roselló